El libro de memorias

Diego San José

BELLAQUERIA Y DESHONESTIDAD DE UNA DAMA

Y como andan las cosas de España que no parece sino que el Diablo las lleva y claro que por ser cosa suya las lleva mal. Nunca en mayor miseria anduvimos que ahora al correr este año de 1619. No parece sino que Dios Nuestro Señor es servido de resucitar aquellas tremendas plagas con que diezmó a su pueblo predilecto, y esto imagino que no ha de ser por otra cosa que por consentir y mantener en tierra cristiana retoños y hojarasca de aquella deicida tribu.

Hágase su santísima voluntad.

¿Cuándo se vio en nación alguna aunque estuviese harta de mugre y muerta de hambre esto de andar los recaudadores del Fisco, con guardas de soldados, pidiendo de puerta en puerta para asegurar, no ya el rango y fuste que ha de necesitar, sino la subsistencia y vestido de la real persona, que el estrujar y sacar hasta la última gota de sangre y el más acardenillado cuarto para el aquel del sostenimiento de las tropas en Flandes e Italia, tiempo hace que ya es hecho, y ahora como no nos lleven la pelleja sacada en tiras y se funda el bronce de las campanas, no sé qué se dejen por inventariar y arramblar con ellos?

No nos queda cosa que dar si no es la honra y esto, por lo que se ve, ya la vamos dejando lejos de España. Todas estas trifulcas y enconos allá sobre otras tierras y bajo otros cielos por el mantenimiento del culto cristiano se sostienen y he aquí que no parece sino que Dios Nuestro Señor se cruza de brazos como si no fuera con Él.

Hace largos días que al Monarca le plugo conocer por sí mismo las lacerías, luchas y ayes de su pueblo y partió a mirarlo; pero válgale su patrón el beato Isidro, que con ser S. M. la misma mansedumbre y el amor del prójimo personificado, no sino enconos y discordias va sembrando por cada provincia que pasa.

¡Si él lo sospechara!

Y ¿qué sirve que poetas con seso y varones justos y sabedores competentísimos de la difícil y nunca aprendible ciencia de gobernar, le adviertan cada día el error en que vive por no ocuparse más que de la conciencia y nada del Estado, mientras que los favoritos y ministriles, avarientos y sin pudor hacen de esta pobre patria mangas y capirotes?

Este duque de Uceda...

Cierto que muy sobre las cosas terrenas ha de estar don Felipe, para haber encumbrado en tan alto puesto un tan singular ejemplo del egoísmo humano y de la ingratitud filial. Bellaco fundido por equivocación en moldes de nobleza fue sin duda este don Cristóbal

de Sandoval y Rojas, ¿qué extraño que así vayamos todos los españoles con la diestra extendida en demanda de una bendita caridad, y el pucherete en la pretina para llenarlo con las sobras de los refectorios y de los cuerpos de guardia?

Las artes y la industria, ¿qué piensan, qué ganan, sino que todo lo pierden? Si a las letras vamos, divorciadas están de las plumas y de los meollos, pues aun escribir donaires es crimen y ver representar comedias pecado mortal, que al mismísimo antro de los infiernos conduce.

¡Vade retro!

¡El Señor nos libre!

Sierra adelante, camino ya de Castilla, tales razones va deshilvanando don César de Acuña, al acompasado andar del brioso cuartago aragonés en que cabalga, a la diestra mano de la silla del devoto monarca don Felipe III.

Y en verdad que sus razones tan justas son tan discretas y llenas de amargo realismo, que puestas hoy al margen de cualquiera historia parcial o discurso apologético de los infinitos que hay en loor de aquel abúlico soberano, parecieran sabias y maestras acotaciones, obra de un profundísimo y reposado crítico a la manera de Fray Hortensio Paravicino.

Viendo aquella comitiva triste y huraña, porque enfermo iba el Rey, dijera cualquier testigo extranjero que el antiguo poderío español era un ánima en pena que ambulaba por el mundo en busca de otra alma piadosa, que con una oración la encerrara en la sepultura.

Don César de Acuña iba agregado a la guardia de la Real persona.

Primogénito de una de las más ilustres y linajudas casas de Toledo, más que por obligaciones de su militar carrera, servía al Rey, por honra y prez de su raza que desde que floreciera, allá en tiempos del conde Fernán González, siempre fue recio puntal de los monarcas castellanos.

Tales desoladoras obligaciones acerca de la mala marcha de los asuntos del reino, le traen si vale decirse todo, no tanto el patriotismo, como cierto buen amor que en la corte se dejaba mientras él corría de ceca en meca, según se dice, a la zaga del Rey.

Y como el dicho amor era nuevo y tenía por cobijo el más lindo cuerpo de mujer que idear puede un sueño, de aquí que con ser ciertamente muy lamentables la vida y la política hispanas, él las aumentase un punto más.

Ya iba cayendo la tarde, y el sol, que aquel día había estado tan débil como la complexión del monarca, se despedía de su amigo el crepúsculo con lágrimas de hielo.

El mes de noviembre iba a todo andar. De lejos se escuchaba el tintineo de algún rebaño, o la parda cantilena de algún zagal que, cabalgado bajo la yunta, dejaba de arañar la apelmazada tierra, y hacia el pueblo marchaba, que ya habían sonado las Ave Marías, y le reclamaba la paz de la aldea.

Detenía un poco las bestias para ver desfilar tan abigarrada comitiva, y luego pasaba adelante, no pensando allá en las zahúrdas de su oscura mente que fuese más que un

obispo y su acompañamiento que anduviere por los lugares de su diócesis pasando la visita pastoral que tiene por costumbre cada año.

El Rey sacó fuera del coche una mano y al duque de Medina de la Torres, que hacia aquella parte cabalgaba, mandó acercarse.

—¿Qué pueblo es este que estamos para llegar? —le preguntó.

Y el de Medina respondió que Casarrubios del Monte, y que ya era corto el camino que faltaba para entrar en Madrid.

—Pues aquí hemos de hacer parada —dijo el Rey—, y pienso que larga si Dios no lo remedia, que este cuerpo miserable no me quiere bien.

Cuantos cercanos iban y escucharon la orden luego se les mudó gesto, y no para asentir conformidad sino secreto disgusto porque tenían pensado que, habiendo hecho descanso en dos lugares antes de Casarrubios no pasarían más que el tiempo estrictamente necesario para cambiar los tiros de los carruajes.

Pero nadie allá en el fondo de su corazón se querelló y desesperó tanto como don César, que aun entiendo que las majestades divina y humana no salieron de su boca tan honorables y limpias como ellas se merecen, por ser cosas tan sagradas e inviolables.

Y fue Amor, fatuo, impetuoso y descontentadizo caballero quien le metió en esta desobediencia, pues el tal cuando mira a la tierra no consiente más dios uno y trino que él.

Con la ira que se le iba por todos los poros, apretó las espuelas en los ijares de su ventrudo cuartago, el cual, al sentirse tan violentamente herido, dio tan furibundo bote, que se adelantó más allá del tronco delantero.

¡Madrid! Qué lejos estaba con estar tan cerca.

Dos o tres trajinantes que allá por un cercano atajo vio pasar con sus cargadas recuas hacia la cortesana villa ¡qué envidia le dieron!

Con cuánto placer les hubiera trocado, por su rustiqueza y sus ásperas vestimentas y sus enflaquecidas bolsas, los timbres de sus mayores los Álvarez de Acuña, la seda de sus vestidos y el oro y las libranzas de sus faltriqueras.

¡¡Madrid!!

No le hablaran a él de las magnificencias de las ciudades persas, ni del incomparable esplendor de los canales venecianos y holandeses, ni de la loca alegría de las levantinas, que todo esto era hambre y otro tanto ingenio, comparado con aquella calle del Sacramento, junto a Santa María, donde se encerraba la más honesta y acabada beldad de la corte, por quien si fuere necesario se encontraba dispuesto cual otro loco don Quijote, a salir por los ámbitos de la tierra publicando su extremada lindeza y limpio decoro...

En Casarrubios entraron al caer de la tarde, y cierto que parecía que todos los cortesanos llevaban metida en los tuétanos la malhadada dolencia de S. M.

Los pajes, palafreneros y lacayos, venían a ser como el muladar de las iras nobles, porque no pudiéndolas descargar contra la única y principal causa de ellas, allá las enviaba como rayos y truenos a desencadenarse en las sufridas costillas de la gente plebeya.

Aún pensaba don César si la detención era por más de un día, escapar a Madrid un anochecido y tornar antes de clarear el alba, pero aun esto le fue denegado porque la enfermedad del monarca se agravó de forma que se hizo precisa la presencia de toda la Corte, en la humildísima aldea...

—Famoso viaje habernos hecho —decía el marqués de Povar en un corrillo de cortesanos, que se formaba al caer de la tarde en el zaguán del Concejo—. No hubo aldea portuguesa que si al entrar la hallamos poco menos que dormida, al salir no la dejáramos tan despierta que mucho fue que no nos corrieran.

—Cierto que mejor estaba San Pedro en Roma —argüía otro—, que para ser esta la primera salida del Rey Nuestro Señor a sus estados de Portugal no los pudo dejar mejor ni más bien desavenidos.

Y tal cual viejo Maestre de Campo, que con el Emperador corrió por las campiñas flamencas y por las praderas germanas, y tenía muy en la masa de la sangre arraigados el fanatismo de la sumisión y el principio de la disciplina, replicaba furibundamente hecho un vinagre:

—Harto benigno fue S. M. que no prendió una brasa así como salió de Extremadura y la extendió por toda la cinta portuguesa. ¡Bellacos, herejes, descomulgados, advenedizos!

—Con ello nos ahorrara el tener que volver dentro de poco cuando se levanten en armas —apoyó un capitancico que más tenía de adorno para saleta que de hombre de guerra.

Y así por este orden corría la charla para disfrazar el mal humor, cuando el corregidor don Francisco Villares y Guzmán salió diciendo que la enfermedad del Rey se agravaba por instantes, por cuyo triste motivo partía para Madrid a dar nueva tan desconsoladora.

La tertulia fue deshecha al instante y todos los que la componían se acercaron a las casas en que habitaba el Rey.

Don César no halló otro medio para tomar consuelo de su amonada impaciencia, que enviar un propio a la villa y corte con una carta para su doña Lucinda en la que después de dos mil protestas de amor le decía como estando casi a las puertas de Madrid, los hados malditos de su infortunio retrasaban el imponderable goce de verla y de adorarla, que como lustros contaba los breves días que faltaban para hacerla suya ante Dios, y que si no fuera porque en los siglos de los siglos fue su estirpe la más leal a la corona de Castilla, ya hubiera corrido a los lazos del Amor dejando arrolladas las banderas del Rey.

Con la misma escolta del corregidor Villares, fue el recadero de Acuña, y al caer de aquella misma tarde dicen que llegó a la villa cortesana.

Mala velada pasó aquella noche toda la regia comitiva. Pues que S. M. la pasaba, no era bien que sus fieles cortesanos durmiesen a pierna suelta o al calor de los hogares, se holgaran como ahitos canónigos.

Si en los antros de las conciencias de todos aquellos cortesanos que atendían y servían al rey doliente se pudiera entrar, se vería cuán distintas y encontradas luchas se libraban. El sentimiento personal por el peligro de muerte en que se hallaba un ser afecto, seguramente que no se reflejaba en alguna.

En el duque de Uceda gemía el despotismo próximo a despeñarse; en el confesor P. Aliaga, hechura incivil de la ingratitud, de la perfidia y de la baja intriga el desmoronamiento de su poder y el abandono de todos los que en vida del Rey le hicieran pleitesía.

En otros, la esperanza de que un nuevo reinado los llevaba a ascender sobre las gradas de su medianía, hasta el nuevo monarca destinado a regir los negocios de dos mundos.

Únicamente en los corazones de los príncipes y de los infantes, acaso latiera un puro y sincero sentimiento de pena, porque veían el fin del padre que, siendo débil de voluntad para gobernar una nación, fue grande de alma para quererlos.

Don César de Acuña no meditaba en otra cosa (y cierto que no era poco porque todo el pensar lo empleaba en ello), que en el próximo arribo del propio, con nuevas de su bello amor.

Pero el pensamiento y la impaciencia del galán eran más rápidos que los pies del mozo correo, y en lo que quiso Dios que el tal llegara la calenturienta imaginación del desesperado, fue y tornó de Casarrubios a Madrid centenares de veces. Y esto era como vivo fuego que le arrebataba más la paciencia.

En la antecámara regia tuvo que pasar la mayor parte de la noche, y todo ruido que de fuera venía se le antojaba que era el gañán de la carta.

Mal amigo es el cuidado para el sosiego de la vida, que tan despierto tiene el oído y tan necios los ojos que todo quiere asociarlo al empeño de su causa.

Como en toda la jornada desde que salieron de tierra portuguesa no había tenido respuesta alguna de la dama, a los prolijos billetes que le enviaba cada semana, era mayor su anhelo y más desesperada la zozobra.

No pensaba, no, que alguna flaqueza humana la desviara de su querer, que este por muy seguro lo tenía, sino que achaques de las circunstancias no dejara espolique en empleo particular, porque todos se tenían al servicio del Rey y de los consejos.

Mosquito, su mozo de aposento y cabalgadura, que era de la mejor pieza en género de bellacos y trapisondistas, se le acercó de allí a dos tardes a punto de que el pálido sol hiciera el último guiño, y le dijo que se preparara a recibir lo que viniere, pues que la villa del Manzanares se echaba entera con puentes y todo sobre los campos de Casarrubios, que se había dado orden a los pueblos del tránsito que hicieran grandes luminarias, y que no pensara que lo que los buenos madrileños traían con tanta prisa y bulla fuera la grotesca mole de la tarasca, para desterrar la hipocondría del triste ánimo de S. M., sino el propio cuerpo de Isidrillo, el mozo de labor hecho cecina, conservado en prodigioso estuche de oro y plata para poner al Señor de dos mundos como si acabase de cogerle la comadre.

—Y ¿para mí no llegó correo alguno? —preguntó el sediento de amores, que a todo lo que no fuese su ansia estaba mudo y ciego.

—Ello si viene, con la romería será —le replicó el lacayo—, que nadie para delante de la comitiva que venga de Madrid, y si esto hemos sabido, es porque de pueblo en pueblo se corre el rumor de la algazara que traen.

Y cierto como decía el fidelísimo *Mosquito* que Madrid se despoblaba hacia el humilde Casarrubios.

Así como el Corregidor de la villa matritense, noticiero de las malas nuevas que afligían al reino llegó a la desamparada corte, toda ella, dicen que fue un hervidero de lamentos como si el mejor, más justo y justiciero de los reyes estuviera ya con un pie en el estribo para dejar este valle de lágrimas.

En los breves días que pasó en Madrid, todo fueron trisagios y rogativas por la real salud, que cada minuto que pasaba se hacía más mezquina.

Viendo que los ruegos de la gente pecadora tenían poco influjo allá arriba en las oficinas celestiales, se pensó en una buena y eficaz recomendación que fuese nada menos que de un bienaventurado, y que había de estar en boga, puesto que hasta aquel mismo año a 14 de junio por la bondad de Paulo V no hubo de obtener las credenciales beatíficas.

Le sacaron en procesión, y por si esto fuera poco se encaminaron con la preciada carga al mismo lugar en donde el Rey padecía.

Menos que un médico no ha de hacer, pensaban los sencillos madrileños, no recetará, y por este lado no hay peligro de que S. M. muera de *doctor*, que es la peor de las epidemias sin esperanzas de cura.

Y con esta fe metida en los tuétanos salió la piadosa cabalgata, que era asombro de los niños, comadreo de las mujeres, bulla de los mozos, huelga de los viejos y río revuelto para los pícaros.

Cierto que era aquel nuevo espectáculo, para el que no hubo programa, y como en descargo de los continuos trabajos que padecían desde años atrás las buenas gentes de Madrid.

Con lo más granado del clero, y lo más pulido de la grandeza salió la santa momia, y bien parecía ser un muerto que fuese a recibir a un licenciado, que en la misma y eterna facultad quería doctorarse.

La tarde era fría, pero el calor del fanatismo parecía que sustentaba la sangre en una justa temperatura y nadie se quejaba.

Muchacho hubo de estos que tienen alma de Barrabás y se aforran con piel del diablo, que viendo tanta gente junta como en mascarada llevando un ataúd tan galán, que adelantó tres meses el calendario sin permiso del Papa y preguntó si era aquello el entierro de la Sardina.

Pero a fe que en concepto y clase de bojiganga más se asemejaba a aquel extraño y famoso paso de las Cortes de la Muerte que se empleó con manifiesta y grandiosa bellaquería, para más enfangar los revueltos sesos del inmortal caballero de la Triste Figura. Solo que aquí los mismos que llevaban la farsa, dentro y fuera de ella eran locos de aún más insana y torpe locura que aquel espejo de hidalgos.

Miren qué cosas trae la alucinación de los sentidos y sainete del mundo; acudir a la muerte para que dé la vida. ¿Visteis jamás loco alguno que, si quiere comer sopas calientes, para hacerlas hervir se le ocurra rodear de nieve el cazo?

El galán y amoriado don César poca atención empleaba en la devota romería y ningún cuidado en la quebrantada salud de su católica Majestad, por cuanto notablemente se distraía de la profunda devoción con la que los príncipes, infantes y la Corte toda recibían la venerable carroña.

A todas partes miraba en el afán de encontrar a su mensajero de amor, y tanto y tanto revolvía con los ojos, que no le advirtiera casi delante sino se acercara el fiel *Mosquito* y se lo hiciera ver.

En poco estuvo de atropellar por todo y derribar para llegar antes de Su Eminencia al señor Obispo de Burgos, que, revestido de sus sacratísimas insignias, se apeaba en aquel preciso instante de una blanca y reverenda mula grande y rolliza como un canónigo de gran tamaño.

—¿Qué traes, Lucas? —dijo acercándose al mochil.

Y este, aderezando la cara más compungida y circunstanciada que pudo, respondió:

—Señor, no sé cómo decirlo sin causaros pesadumbre, pero estos quebrantos nos trae la vida, que al fin como hijos de la tierra de ella nacimos, y ella ha de volver nuestra carne, que el alma no sino donde Dios sea servido.

—¡Cuerpo de Dios! —rugió el impaciente que juzgando por lo esquinado y tortuoso del exordio ya recelaba la tormenta que se le echaba encima—, ¡cuerpo de Dios!, que hables claro o no hablarás más.

Y el otro, viendo que no se lo agradecían ni como decirse suele estaba la Magdalena para tafetanes, habló tan recio, que yo sé bien que le pesaba al que le oía:

—La verdad, señor, ya que así me lo pide vuecelencia, mi señora doña Lucinda, no imagino que tenga a estas horas más vida que el de este sacratísimo esqueleto que acá traemos. Tras de anteayer se puso tan mala que esta mañana a las ocho la sacramentaron, y si Dios Nuestro Señor no hizo un milagro para ejemplo de pecadores y norte de incrédulos, a fe que a la hora esta esté entre cuatro blandones en la iglesia del Salvador.

Si *Mosquito*, el recadero y dos o tres alguaciles no acudieran tan prestos y solícitos al triste Acuña, seguro que se quebrara los cascos contra los picudos guijos de la calle.

Grande fue el golpe moral que recibiera su merced, pues todas las ilusiones de su vida puestas las tenía en aquella gentil hembra, cierto que era un portento.

Presto volvió en sí y como se dio cuenta del barullo que reinaba con la recepción del santo en la casa que el Rey honraba con su aposentamiento, se arregló un tanto la descompuesta ropilla, se limpió el sudor mortal que le cubría el rostro y se fue tras del palio arzobispal.

Ya parecían tres los muertos que iban a congregarse en el humilde y leal pueblo de Casarrubios.

También para tales aldeanos fue tiempo de fiestas los días en que la enfermedad del monarca, asesorada por el patrón de los labradores y de los vagos, asentó en la villa, y en lo que ellos pudieran se holgaran que mil años estuviera allí la regia persona, aunque fuese agonizando...

Cierto que en ninguna otra ocasión como en esta puede decirse que fue el remedio para el augusto paciente mano de santo, porque así como pasó el tercer Austria, dos días en el mismo aposento que los residuos acartonados del pacienzudo siervo de Iván de Vargas, comenzó alentar y hubo quien creyó que acabara con la dinastía. Pero he aquí que el recién santico, como nuevo en el gremio, creyó que debía ser comedido y no abusar y de allí a muy poco levantó la mano, y la real salud tornó a caer de bruces, y con esperanzas de peor compostura que la que entonces tuvo.

Conociéndolo así S. M., el 4 de diciembre determinó tornar a la corte, no fuese que la bienaventurada piltrafa no tuviese privilegio de milagrería fuera de los campos por donde anduvo.

Y con la misma bulla y ceremonia volvió don Felipe a Madrid, después de haber dejado los asuntos de Portugal, que mejor les estuviera, le estuviera y nos estuviera, que en todos los días que reinó no se acordara de ellos.

Los nobles señores de Peñaclara y Fonfría tuvieron el inmenso dolor de mirar desaparecer en el breve espacio de un año las dos únicas y recias ramas de su tronco ilustre.

El primogénito don Álvaro, una noche al tornar a su casa, en la misma esquina de Cuchilleros, encontró la punta de una espada traidora en la que se le quedó la vida.

Se hicieron indagaciones y después de muchas vueltas y revueltas, vino a saberse que fue ello el final de una intriga cortesana, por la codicia de ciertos puestos en la cámara del Príncipe. Los llevaba por la mano el mayorazgo de Peñaclara y el rival, a fin de que no pasara adelante, le hizo asesinar por un matón de oficio.

Se sustanció el proceso, el matador bailó la Zarabanda al fin de una cuerda en la Puerta de Fuencarral, y el instigador... pasó a ocupar una secretaría en la Audiencia de Zamora.

No se habían enjugado las lágrimas de este gran dolor cuando viene otra vez la insaciable segadora, entra a traición en la casa y se lleva misteriosamente la mejor prenda.

¡Pobres padres!

Ya no lloraban, porque se les había secado el amargo manantial de las lágrimas.

¡No sabían aún darse cuenta de cómo fue la muerte de la Lucinda de su alma!...

Don César no salía de la casa.

Se le antojaba que, pasando en ella todo el tiempo posible, estaba más cerca de la querida muerta, a quien la crueldad del servicio palatino no permitió dar el primer y último beso en su frente de cera.

¡Qué avaro de su felicidad se había mostrado el destino!

Solo un mes faltaba para que, llenos de amor y pictóricos de alegría, se hubieran jurado eterna fe ante los altares.

—¡Tres hijos nos ha quitado Dios en un soplo (exclamaba moribunda de dolor la madre doña Ana) tres hijos, porque como tal también os hemos perdido a vos, don César!

—No nos abandones tú también, vive con nosotros —le rogaba el padre don Pedro—, nos parecerá que ella vive, que la estamos aguardando. Miéntenos vida.

Y don César, en todo atento a los que tan violentamente había separado de su familia el inexorable destino, y fiel a los queridos recuerdos de la felicidad borrada, en aquella casa que había de haber sido su rincón de amor, pasaba el día.

Al fin uno de ellos pidió licencia para que le dejaran en el aposento de la amada muerta.

—Sea como tú quieres —le dijo doña Ana—. Válgate Dios, que eres más fuerte que nosotros, que por no aumentarnos la pena desde que sacaron de él su cuerpo, no hemos vuelto a aquella habitación, que ya es como quien dice el sagrario de esta triste casa. Todo lo hallarás tal y conforme ella lo dejó al morir, que hay orden a los criados de que no pongan la mano en cosa alguna. Sería profanar su santa memoria...

Por todos los ámbitos de la estancia paseó don César sus ojos ahítos de llanto, como si en alguna parte pudiera ser reflejada la sombra de su amor perdido.

En el respaldo de un amplio sillón yacía el vestido que no se llegó a poner, doblado sobre una pequeña mesa el luengo manto con que solía encubrirse cuando iba a misa, sobre el reclinatorio el breviario, y pendiente de uno de los brazos de un marfileño crucifijo, el rosario.

Todas estas prendas y objetos, añoranzas de doña Lucinda, fueron dolorosamente besadas por aquellos ardientes y resecos labios, que no llegaron a besarla después de novia, hecha esposa a los ojos del mundo.

Se sentó ante un riquísimo bufetillo, sobre cuyo tapete había hasta media docena de libros de devoción alguno y de literatura la mayoría. Junto a *Las Moradas*, de Santa Teresa; *La Perfecta casada*, del Divino Fray Luis, y la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, estaban aparentando muy compuesta gravedad los insignes bellacos, *Lazarillo de Tormes*, *La lozana Andaluza*, *El buscón don Pablos*, *La pícara Justina* y *El soldado Píndaro*, y presidiendo a todos el más grande de cuantos divinos y humanos se escribieron: *El Ingenioso Hidalgo*, de Miguel de Cervantes.

Aunque de todos ellos era don César antiguo conocido y ferviente devoto, uno a uno los miró y hojeó, por dolido afán de mirar donde anduvieron los ojos y el pensamiento del querido ser.

¡Misticismos de la Virgen de Ávila, geórgica paz del fraile doctor, travesuras del inquieto Lázaro, mudanzas y reveses del truhancejo Pablicos, deshonestidades e industrias de aquellas eminentes prioras del amor sobre el interés, y bravucadas y miserias del nieto de Marte! Todo adornaba a un tiempo, cual rosas, nardos, mirtos, claveles, cardos, aliagas y madreselvas en un mismo búcaro...

Abrió uno de los cajoncillos, y de él sacó un librico como de cuarto en folio, ricamente encuadernado en piel, protegido por recias y afiligranadas cantoneras de plata.

Lo abrió, y se encontró con que en su primera página decía escrito en muy gallarda forma de letra:

Memorial de mi vida.

Ante aquel montoncillo de hojas escritas estuvo un buen espacio, sin pasar adelante de aquella primera, que era halagüeña y triste promesa de las demás.

Por dos o tres veces cerró el libro, lo miró por fuera y lo llevó a los labios.

A buen seguro que, si la gran cantidad de sentimiento que le manaba en aquellos instantes del corazón y del pensar hubieran podido cuajarse en rimas, no de otra manera que en esta del divino metro que vino de Italia hubiera de ser:

¡Oh bello libro de la prenda amada,
mudo testigo de su breve vida,
arca de sus secretos bendecida
que al rigor de la muerte fue cerrada!
Aquella su beldad inmaculada
cual flor de nardo en el abril nacida,
y a la nieve serrana parecida
tendrás en cada página estampada.
Yo te beso y te arrullo, libro santo
primero de hojearte y de leerte
y emborrono tus letras con mi llanto
porque imagino en mi dolor sombrío
que aún me alcanza la dichosa suerte
de besar y abrazar al amor mío.

Pero la poesía que afluye del abatido ánimo del pobre caballero es más honda e intensa, y no se congela en rimas ni en prosas, sino que allá dentro queda como vivísimo fuego que solo puede apagar la cruda y lenta nieve de los años.

... Al fin, alzó el libro hasta sí, con la misma devoción que si fuera una custodia, besó la primera hoja, se apoyó de codos sobre el bufete, y comenzó a leer...

Se comienza aquí el notable y curioso Memorial de la vida de la Señora Lucinda, y va todo él en folios, con una cruz en lo alto de cada uno, como si fuera diario ejemplar de alguna santa y bienaventurada fundadora.

*

Folio primero

«No hay ciudad como la corte, digan lo que quieran (ya porque, en efecto, sea verdad o legendaria rutina) los que vejan y menosprecian las cortesanas costumbres. La mayor parte de mis años, que no son muchos, pues este abril entraré en los veinte, los viví en

Zaragoza al lado de mi tía doña María Ignacia, y nunca pensé que he vivido ni he mostrado uso de razón sino es ahora que me devolvieron con mis padres.

Quiero borrar lo pasado y hacer cuenta que desde aquí comienzo nuevo rumbo en mis andanzas.

Hoy, l. º de mayo, me llevan a pasear al Prado, vamos en coche y no se entienda que es ello poco lujo ni honor mezquino, que ahora con las nuevas pragmáticas que ha tenido bien promulgar el Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) el uso del coche está dosificado como si fuese medicina.

No puede ir sobre ruedas, cualquiera que bien se le antoje, y menos si es animal de calzones, en no siendo cochero, que este lujo nos queda reservado a las damas y esto siendo de calidad, y yendo acompañadas de padre, hermano o marido, únicos varones que por este cuidado del acompañamiento tienen licencia para no ir a pie. Y debemos ir con la cara descubierta, sin rebocillos ni cosa que deje la faz en entredicho, que no se trajo, ni consintiese este lujo para mujercillas de industria. Aunque digo yo que esto no podrá evitarlo nadie, pues aun con las prebendas se negocia, ¿qué no se podrá con tal o cual pergaminillo de marquesado o baronía?

Dicen que el no permitirse el uso del carruaje a los hombres, no siendo dignidades, es por observancia de buenas costumbres, que dicen que estas comodidades traen afeminamiento.

Si ello es como temen los señores consejeros, bien está que se les prohíba de raíz.

¡Valga Dios que sería terrible epidemia!

¡Pobres de nosotras las mujeres!

¡Ah!, dice mi señor padre que hay mandado que sin orden ni permiso del Señor Presidente del Consejo de Castilla, no se permita en todo el reino la construcción de estos veleidosos, cómodos y apetecidos muebles.

Yo, por mí, bendigo al diestro artífice que los inventó y a la infanta doña Margarita, que dicen que fue la primera que los trajo de Flandes a Castilla, y el día entero se pasaba en el suyo.

Las gentes de aquí son por extremo corteses y afables, y a dos palabras entablan estrecha amistad, que parece que quieren robarle el alma a quien saludan media vez.

Esto pasó conmigo.

Enseguida hice amistades y en todo el paseo fueron dándome escolta y cortejo dos apuestos galanes cada cual a un estribo.

Mi hermano los trajo, y ya parece que me tratan desde hará un año.

Pero ¡ay de mí! que con ser tan pulidos me cuesta Dios y ayuda el entenderle las razones, que en verdad, y como quisiera salvarme, que no sé decir si son palabras cristianas, o términos de nigromancia.

Me dice mi confesor (el P. Aliaga), que es el mismo de S. M., que no es pecado, sino nuevo y bello uso de las letras y el bien hablar que ahora se estila y del que es gran maestre

un docto racionero de la catedral de Córdoba que le llaman don Luis de Argote y Góngora, y tan delicado es de oído el buen clérigo que, por razones de eufónica, firma solamente con el apellido materno.

Yo he leído desde que esto me dijo mi confesor varias cosas de este poeta, y cierto que las hay de antes que diera en esta zalagarda, cosas muy notables y lindas, pero otras a la moda, Dios le valga que no parecen cocidas en cerebro de cristiano, aunque muy ministro del Señor sea el señor don Luis.

Fuimos luego a la Huerta de Juan Fernández que es lindísimo lugar de recreo.

De aquellos dos caballeros el uno se insinuaba hacia las lindes de cortejo más que el otro y como ambos parecen muy amigos, al fin aquel fue recogiéndose y terminó por retirarse.

Cierto que el que se quedó es bizarro y si no tuviera este descomulgado sarampión del culteranismo, como llaman al hablar laberíntico, fuera pulido galán que no despreciara mujer alguna.

¡Vaya que el hombre!...

No pudo estar más servidor y rendido conmigo. No había cosa en la bendita Huerta en que yo pusiera los ojos, y a veces creo que solo el pensamiento, que luego no lo tuviera en la mano.

Flores, parece que él era la misma primavera que las mandaba nacer ante mí, para que en mi pecho vinieran a morirse.

Hasta unas cajas trajo y comimos de ellas.

Se llama don César de Acuña, y dicen que es mayorazgo de una ilustre y antiquísima casa de Toledo, ahora viene a servir a la corte en el cuarto del príncipe don Felipe.

Ya cuando quería ser noche tornamos la vuelta y él hasta dejarnos en el zaguán vino con nosotros.

Digo otra vez que no está mal el don César, y a fe que hasta ahora es el hombre que me ha parecido mejor, y que más me ha entretenido el pensamiento.

Me ha pedido licencia para guardarme la reja esta noche, y yo le he dicho que excuse esta incomodidad, porque mi aposento da al jardín, y él entonces repuso que pedirá a mi padre la plaza de jardinero...

*

Era aquel capítulo del libro de memorias, el párrafo primero de aquellos amores que con tanta brusquedad hubo de acabar la inexorable hilandera de la vida sin darles lugar a que floreciesen. ¡Qué aluvión de amables y amargos recuerdos no traerían aquellas letras a la cansada mente del pobre novio que en una hora vio difumarse como humo todos sus sueños de matrimonial ventura!

Cómo iba ella en el coche, aquel mohín tan particular y gracioso que al reírse tenía, aquella donosura en el hablar y discreta cortesanía y discreción al emitir opiniones acerca de las cosas, de los hechos y de las gentes.

Con qué notable gracejo decía «mi señor don César», y con qué discreta truhanería, cuando él se ofreció a guardar la reja en aquella noche, le dijo que no podía ser porque su aposento no daba a la calle, sino al jardín...

Folio segundo

En estos días nada nuevo ni digno de ser anotado ha ocurrido.

Mi padre dice que las cosas del gobierno no pueden ir peor y que de continuar en tan mala guisa, nos ausentaremos de la corte para encerrarnos en nuestro señorío de Aragón. ¡No lo permita la Santísima Virgen del Carmen, patrona, abogada e intercesora mía! Que, si cierto es que los asuntos del Rey van como escapados de la mano de Dios, en lo que hace a los míos, marchan por una bella y florecida senda.

Desde aquel día, todas las tardes hemos bajado al Prado, y ayer a «Migas calientes», y a todos estos recreos y esparcimientos ha venido don César, en quien mi padre parece que ha declinado la fraternal amistad que tuvo con el suyo.

Aquel su amigo no vino con él.

Continuó formando muy buen juicio de su extremada discreción, y en verdad que la amistad que se tienen es muy fuera de uso, que ¿cuándo se ha visto que hallándose el mismo afecto en dos personas, por otra tercera, se retire una para dejar el campo espacioso y libre a la que mira con más ventajas?

Vaya que es muy galán el amigo de... mi cortejo.

Por la ribera anduvimos la mayor parte de la tarde, hasta que el avecinamiento de la noche comenzó a llamar a la humedad del río, y levantándose una sutil brisa, que al través de las ropas se metía hasta los huesos, nos echó de allí.

Durante el retorno que paró en una pastelería de la Plaza bajo los soportales, el hombre se explayó más que otros días, y ya me nombró por dama de sus pensamientos y dijo que, si por su galán no le aceptaba, que había de renunciar al mundo, y yo que soy de mío medrosica y temerosa de las cosas de Dios, temí que pudiera hacer un mal religioso, pues que no por vocación llevaría a cabo lo que pensaba sino por despecho de una mundana vanidad, y luego le dije que sí que le admitía.

¿Cómo pudiera yo consentir, que soy tan buena cristiana, que en las divinas huestes de Nuestro Señor hubiera un soldado cobarde?

Me dijo que aquel amigo suyo era un notabilísimo y alcurniado poeta, persona muy prestigiosa en la corte, pues que era correo Mayor de España y Nápoles.

Se llamaba don Juan de Tassis Peralta, conde de Villamediana.

Ya había yo oído hablar de él en Zaragoza, y sabía que, así como era extremadamente ingenioso, era aún más extremadamente mordaz y difamador, pero cierto que tratado así por fuera no lo muestra.

Cosas peregrinas me contaron de él y ellas le llevaron más de dos veces fuera de España.

Me pesa que sea de este modo, que, si el alma se lo manda, a fe que no lo merece el cuerpo... que es muy pulido.

Pero qué se me da a mí de que sea o no como se me antoje, si esta noche cambio de aposento solo porque don César me guarde la reja.

Y él no hace versos... miren qué lástima. Pues he de decirle que aprenda y si no que se los encargue a su amigo el conde...

Sin dar lugar a la glosa ni al comentario mental, volvió don César la hoja y ciertamente que se le quedó en aquella lectura más presente la estampa de Villamediana que la de doña Lucinda.

Folio tercero.

Me place don César, que es muy discreto y sabedor de cosas entretenidas con las que distrae muy bien las agradables horas del martelo.

Es como una gaceta que a cada momento me trae las más interesantes habladurías de la corte.

Y cierto que, bebidas en el manantial de su boca, despiertan mayor interés que el que ellas suelen tener, porque las cuenta con mucha donosura y las comenta y critica con exquisito ingenio.

Lástima grande que no entienda de versos como a su entrañable amigo don Juan.

Pero como así es y él lo conoce, cada día me trae los nuevos que andan por la villa, que sabe que me agrada la comidilla cortesana.

Hoy me trajo unos de su amigote que andan como secretos de boca en boca, aunque todos saben quién los compuso.

Le dije que me los trasladase, lo hizo con muy buena voluntad y mejor letra que es muy buen pendolista, cosa que tan poco se usa hoy entre la gente de campanillas, y aquí los conservo, tanto por tener una muestra de la habilidad de su mano escribidora, como un retacillo de la donosa mordacidad de su buen camarada...

*

Y al volver de la hoja halló un papelico doblado. Lo extendió y vio que era aquella notable sátira del conde, que dicen

KRIE ELEISÓN

«El que más ha hurtado al Rey
cuando estaba en su tribuna
ha sido el Duque de Osuna.

»Otro que hurtó con afán

muchos dineros al Rey,
ese fue el de San Germán.

»Quien ha hurtado su pedazo
y ha sido muy buen ladrón
es Rodrigo Calderón.

»Quien hurtó medianamente
dinero con una escarpia
ha sido Pedro de Tapia.

»¿Quién usurpó el dinero
que tenía nuestra villa?
Presidente de Castilla».

Sin leerlo todo, pues ya lo sabía, apartó de sí el papel, y continuó leyendo el memorial, que era lo que por el entonces más le interesaba...

*

Ya oficialmente es mi prometido el de Acuña, que mi padre se honra mucho con tener por hijo retoño de tan grueso tronco.

Yo también me huelgo de ello, pero ellos conciertan las bodas para muy pronto y a mí se me antojara que aún no estoy yo bastante sazonada para matrimoniar, que el casar no es cosa de juego ni achaque de un día. Un tío muy chancero tenía yo que acostumbraba a decir que el matrimonio, por cualquier parte que se le mirase, tenía pujos de lavativa; si salía bueno era una ayuda, pero si resultaba malo era una jeringa...

En fin, Dios proveerá.

Mañana hay gran fiesta religiosa en la Encarnación. Van SS. MM. y don César dice que ha logrado acomodo para nosotros...

Folio cuarto

Notable sobremanera ha sido la fiesta y todo el día dicen que han estado las venerables madres más atareadas que braceros del campo.

Fueron los Reyes y toda la grandeza, que estas buenas señoras son tan cortesanas (en la más limpia y honrosa acepción que se da a la palabra), que cuanto llevan a cabo, como lo hacen inspiradas por su divino esposo, lo sacan de perlas.

Mis padres y yo, merced a la oficiosidad de mi don César, asistimos desde por la mañana, y disfrutamos de todos los agasajos y finezas conque tuvo que ser atendida la Corte por la Comunidad.

¡Vayan con las monjitas si se cuidan bien!

El abadejo es pescado que sufre pena de destierro en cincuenta leguas a la redonda de sus refectorios, y solo las carnes blancas y sabrosas de los ánades son las únicas aguadas que consienten en estos días que repican gordo.

Soberbia fue después la función de iglesia en que oficiaron los Arzobispos de Toledo, Burgos y Valladolid, y aunque yo, dicha sea la verdad y Dios me perdone por ello, no estuve con toda la devoción y recogimiento que tan alto empleo requiere, reconozco cuán necesarios y edificantes son estos piadosos festivales para atraer las almas por las angostas y fatigosas sendas de la virtud hacia el espléndido triunfo y apoteosis de la eterna y dichosa bienaventuranza.

Así que terminó en el templo la fiesta dedicada al Señor, pasaron de nuevo Sus Majestades a la sala capitular, donde fueron obsequiados, así como las personas de su acompañamiento, con un abundante refresco que casi pasaba las lindes del banquete.

Luego las reverendas monjitas dieron con mucha donosura unos pasos de baile muy galanes, que no los hicieren mejores ni más lindos las damas que bullen y danzan por el mundo cada día.

En extremo le agradó a don Felipe esta fineza en su obsequio, tanto que bajó del estrado y dio dos o tres vueltas con la Madre Abadesa.

A fe que aquello más parecía paso de una comedia de estas que se estilan con galanes y damitas en flor, que necesario complemento de un homenaje religioso.

También Villamediana bailó con la princesa doña Isabel, y, por no ser menos, Su Alteza el Príncipe de Asturias lo hizo con una monjita muy linda, que dicen que es hija de los condes de Tendilla.

Me pesa que todo ello fuera tan de etiqueta que no me sacara a mí don César, y cuando no él porque de filigranas danzarinas se le entiende poco, su amigo don Juan, y a fe que yo le fío que lo hiciera mejor que la francesa, que como estas gentes de estrado arriba viven siempre en constante ceremonia, lo hacía tan grave y engolado, que remedaba muñeca de madera que se movía y gesticulaba por ingenioso resorte.

*

El de Acuña dejó por un largo rato de mirar a aquel libro, que era como el índice de una breve historia íntima, lo cerró conservándolo en la mano diestra con el índice saliendo por señal de la página, y meditó intensamente, como un exaltado cenobita meditara los misterios de la Santísima Trinidad.

Y en su clara imaginación iban desfilando como gasas de un sueño aquellos momentos que tan fielmente había doña Lucinda trasladado al papel.

Y cierto que ya iba siendo tan diáfano, que comenzaba a apesadumbrarse de haber topado con el librico, y aun recelaba que, de proseguir, iba asimismo a dolerse del amor que puso en aquella mujer.

—Puestos ya en el disparadero, sigamos —se dijo.

Tornó abrir el cuaderno con la misma calma aterradora que abriera la pesada losa de un sepulcro, donde no iba a ver otra cosa más de carroña y gusanos, manando de un cuerpo, que en vida fue nieve, rosa y rocío...

Folio quinto

Por fin he convencido a mi padre y a don César para que me lleven a la academia del conde, que se reúne los jueves y asisten a ella los más notables ingenios no solo de la corte sino de España.

Cierto que muy amiga soy de las musas, pero no son esta vez las nueve hermanitas quienes me llevan a casa de los Villamediana, sino el mismo don Juan.

Tanto oigo hablar de él cada día, aun don César acostumbra a ponderármele tanto, que insensiblemente me le han metido por el postiguillo de la curiosidad, y advierto, a pesar mío, que comienza a entrarse por el zaguán de la simpatía y quiere subir al estrado del corazón.

Las últimas diatribas suyas y versos galanos me los sé de coro.

¡Ay, pluguiera a Nuestra Señora que hubiere escrito pensando en mí y no para su desdicha en quien dicen aquel soneto!:

«De cera son las alas cuyo vuelo
gobierna incautamente el albedrío,
y llevadas del propio desvarío,
con vana presunción suben al cielo.
No tiene ya el castigo ni el recelo
fuerza eficaz, ni sé de qué me fío,
si prometido tiene el hado mío
hombre a la mar como escarmiento el suelo.
Mas si a la pena, Amor, el gusto igualas
con aquel nunca visto atrevimiento,
que basta a acreditar lo más perdido,
derrita el sol las atrevidas alas
que no podrá quitar al pensamiento
la gloria, con caer, de haber subido».

No sabré deciros si me pareció la academia bien o mal, que todo lo que no fue dicho o leído por don Juan apenas si halló cobijo en las celdillas de mi intelecto.

Sé que estuvo lo mejor del ingenio cortesano, que hubo versos de Lope, escenas de una comedia nueva que está escribiendo el corcovadillo de Nueva España, unos enrevesados sonetos del racionero de la catedral de Córdoba don Luis, y no sé qué elogios al duque de Osuna por don Francisco de Quevedo, y qué picarescas letrillas de un tal Tomé Hernández, pero todo ello como si no hubiera ido con mi persona...

Miren a qué tiempo se les ha ocurrido a mi padre y a don César aguzar las prisas del matrimonio, para cuando el que ha de ser mi marido torne con S. M. de la jornada a Portugal.

Yo antes quería a este hombre de otra manera, pero ahora, válgame Dios, si más que como a pariente, pueda pasar de estimarle.

¡Cuánto me holgara de que por ahí fuera topase con partido más de su gusto!

Ya sabe Dios cuánto se lo agradeciera.

¡San Antonio bendito, te prometo una solemne novena si encuentras otra novia a don César de Acuña!...

*

Las trémulas manos del torturado amador, que en lo más hondo de su pecho había levantado un altar para aquel amor fenecido, que él estimaba como su media vida, estrujaron fieramente las rasgueadas hojas e hicieron ademán de arrojar el descarado librico bajo los pies y pisotearlo como a un bichejo inmundo, pero guiados por una curiosa inconsciencia, repasaron locamente un puñado de hojas como hacia el medio del cuadernillo, y con los verdugos de los ojos arrimó al corazón otros cuantos tizonazos, hechos folios, que fueron de esta suerte. ¡No se lo perdonara Dios a la bellaca!

*

Folio

Al fin y a la postre ello parece que es hecho, mi padre tiene empeño a toda costa de emparentar con la casa de Acuña, y como yo fui muy gustosa en consentir de principio, el asunto parece que por la posta se lleva a su natural término.

Ya no hay cejar sino decir adelante a quien antes tan ligeramente dije quiero, no le queriendo ahora; que así es.

¡Que haya tamaña sujeción de la voluntad una mujer!... No así si fuera un hombre que todo lo hallan como la palma, y si antes dijeron sí porque la vista les llenó primero que el corazón: luego puedan mudar de parecer sin que su hombría, ni su fama sufra quebranto.

Si yo quiero conde ¿por qué no me lo han de dar como a la viudita de marras?

Y, si no, bobo don César, ¿por qué vinisteis con él?

*

Folio

¿Habrá bellacón como mi don Juan? Y cómo quiere subir de cuatro en cuatro los escalones...

No hay bicho tan audaz y determinado como el hombre. Anoche dije a este pecador que hoy le daría limosna de un beso me que pidió como adelanto de la cuenta de nuestros amores y aún no ha amanecido y me envía apremio de la deuda.

Válgame Dios que es grande desconfianza de mi palabra.

Y tal apura según la cédula que no habrá otro remedio sino dársele, no venga en querer cobrarse intereses.

Aunque estoy por retardar la paga no más y tan solo por ganas de que se los cobre.

Véase el apremio, y digan si después de leído no pagará una piedra:

«Bella Lucinda de los ojos verdes,
por tu vida te pido que mañana
al salir al altar de tu ventana
de aquel ofrecimiento te recuerdes.
No olvides que es un beso lo que espero,
ve que pensando en él tan solo vivo,
y tal de esta esperanza estoy cautivo
que de tanto esperar me desespero.
Pues si en tu boca está el dármelo ahora,
¿por qué quieres dejarme de él sediento?
¿Por qué tanto esperar, gentil señora?
¿Nunca oíste decir, Lucinda mía,
que lo que hacerse pueda en el momento
jamás se ha de dejar para otro día?».

... Y no está lo malo en que le pagara la cuenta, y por la reja, cual si fuera letra bancaria, sino que por hacerla efectiva con más comodidad, le abrí el postigo, y con el ansia que traía quiso entrar tan deprisa que todo lo hizo astillas, y ahora entra y sale cada noche como por su casa.

«¡Ay Dios mío, por qué hiciste de barro a la Humanidad, que en cuanto topa con algo duro se torna en polvo!... Y por qué pusiste la honra a la mujer en sitio tan quebradizo y húmedo».

*

Aún el triste tuvo alientos para no pisotear y deshacer el infame librico, y con él ante los abrasados ojos, estrujándolo entre los dedos hechos garfios, tuvo alma bastante para seguir en el potro de su tortura.

Pero no sin que el orgullo de su hombría, que estuvo tan a punto de florecer en honor, dejara de exclamar iracundamente.

—No se lo perdone Dios en la otra vida y en las zahúrdas del pecado donde haya caído, inventen nuevo y cruelísimo tormento.

Y como para azuzarle más el rencor, o para ponerle mordaza a las palabras que se le caían sin advertirlo, le salió al encuentro de los ojos un nuevo

Folio

Mal arreglo tiene ya esto, que, aunque se enteren en casa, no hay forma de hallarle compostura porque mi don Juan va para seis años que es feudatario del matrimonio.

Hoy de mañana, que no hacía una hora que me había dejado en el lecho, llegó mi padre trayéndome carta de don César. Como las otras que hasta aquí he recibido (no siendo las primeras a punto de la marcha, porque aún tenía algunos asiderillos en mi querer) la dejé sin leerla ni romper el sobrescrito.

¿Qué puede decir más que impertinencias?

Y, cuando no las diga, aunque escriba mas juicioso y sesudo que un teólogo, a mí me lo parecerán, porque no hay nada que me dé gusto como las cosas de Villamediana.

¿Qué puede escribir este adocenadillo de don César en todos los días de su vida que pueda codearse con una sola línea de mi poeta?

Y ahora he venido a saber (hay gente para todo) que sabiendo aquel pobruelo que las rimas me hacían feliz, me trajo una vez, como suya, unas que eran notables. ¡Podían no! Como que eran de Tassis.

¿Cuándo iba a tener aquel palacieguillo arte ni ingenio para hacerme como este unas donosas coplas a la ocasión de la primera vez que me vio las ligas?...

Cayó al suelo un papel doblado; lo recogió el penitente, que penitencia y más dura que cuantas acostumbraban los padres del Yermo era la que estaba haciendo Acuña, y se halló con que decía:

A unas ligas puestas

Te vi Lucinda una tarde
tan pulida y adornada,
que aunque de mi soy cobarde
salté tu finca cercada
y sin decir «Dios te guarde...»
En un concepto atrevido
no sé qué te expresaría
que se iba largo y tendido
a pedirte la alcancía
de tu tesoro escondido.
Como aquesto no esperabas,
tan rápida atrás te echaste
del escabel en que estabas
que las ligas me enseñaste
al tiempo en que te apartabas.
«Sabed, señor caballero
—respondísteme ofendida—,
que no tengo mi dinero
para el primer pordiosero
que insolente me lo pida».

Mas yo que grandes fatigas
sufría desque te vi
las ligas, pensaba así:
¡Ay mi Dios! que aquestas ligas
serán grillos para mí.
Echando a tierra taimada
mi maliciosa intención
te dije: ¡Cuán pobres son
tales ligas!... Tú enojada
rechazaste mi opinión.
Y en tu pundonor herida
te alzaste hasta el colodrillo
diciendo muy resentida:
Ved que son seda tejida
con oro de canutillo.
Las toqué grave y ufano,
como por darte a entender
que estaba tan luterano
que no pasaba a creer
si no exploraba mi mano.
Y primero que avisada
como la fama te pinta,
dejases la falda echada,
quedó mi boca preñada,
digo, que la puse en cinta.

Pero, ¿a qué seguir historia
tan divertida y ardiente,
si aquesto y más que te cuento
lo tienes en la memoria?
¡Bien hayan estas intrigas
que tráenme el alma enredada
en las primorosas ligas
de una novia amonestada...

*

Aquel donoso y rufiancillo papel, que tan desaprensivamente florecía en ingenio los deseos, le ardía a don César en las manos tal, que parecía que se las abrasaba.

Lo tornó al sitio de donde había caído y cerró el libro con propósito de no seguir adelante y terminar en aquel punto su insensata y cruel devoción de la que ya estaba más que arrepentido.

No quería proseguir la lectura por ese miedo común de encontrar más espinas.

Una impertinente y misteriosa curiosidad le devolvió el libro del atril de sus manos, y visto que se le dio abierto, continuó la lectura, pero no sin antes pensar que Dios es siempre justo y permitió a la muerte ser amiga y guardesa de su honra.

Folio

¡Ay mi Dios que ya me pesa en el alma lo hecho, aunque al don Juan de mi vida le he tomado más fuerte ley y loca voluntad que a los globulillos de mi sangre y a las niñas de mis ojos!

¡Quien me dijera (Dios me lo perdone) que estos juegos habían de terminar en tanta verdad, que ha de ser en menoscabo de mi honor si la suerte y diligencia de mi Juanillo, como se lo tengo encargado, no me ponen en las doctas y expertas manos de una buena comadre que me haga desaguar antes de que este mal guisado pase a mayores!

Yo bien le predicaba que mirara lo que hacía. Pero pecadora de mí y de él, ¿cómo había de verlo, si aquello es de común tan oscuro, y el enanico que por allí anda tan ciego y torpe, que si no tiene lazarillo, aun conociendo el camino, no acierta a entrar en la casa?

Válgame Dios, y que aunque no le tuviera amor, no habría modo de entablarle querella por esto como no fuese al uso de aquella dama francesa, que se dice en un donoso libro que hace poco me trajeron de París, la cual dama, después de que hubo rodado una tarde con un cierto gentilhombre cuanto le vino en gana y habiendo reñido por fin de fiesta, le entabló pleito judicial, alegando que fue malamente atropellada.

A lo que el acusado replicó en defensa:

—Atrévase a negar la bellaca que no fue ella misma quien se hincó el arma hasta los tuétanos.

—Ello así fue —respondió—, pero diga también el taimado ladrón (que mire cómo lo calla) si no fue cierto que toda la tarde anduvo golpeándome con la dicha arma hacia el ecuador de mi persona, y yo temiendo que me hiciera alguna herida, después por mi mano la hinqué en una que traigo abierta desde muchacha.

Que esto es toda la acusación que en esta causa pudiera hacer al de Tassis.

Mañana tengo que empezar una novena a las once mil vírgenes, por ver si entre todas, que son tantas, quieren repartirse este angelico, que sin duda es San Gabriel, que, enviado a hacer una nueva anunciación, ha trabucado las señas...

Folio

El arroyo de mi malhadada desdicha que es el preñado que me han metido sigue su cauce natural, y ya parece cosa hecha que comienza a formarse; no sé a qué santo del cielo me encomiende que me libre de este mal paso, aunque me quede desalquilada por dentro.

Ayer dijo mi padre que en los primeros días del mes que entra, tornaremos a nuestra casa de Zaragoza, porque aquí se hace la vida imposible con la carestía de las cosas y las cargas de los arbitrios y contribuciones que cada día son más para los infelices cortesanos.

Yo con la noticia estoy fuera de mí, pues en la corte y aun medio de atajar este mal, que nunca faltan buenas almas, pero fuera, en mi pueblo, donde hasta los cantos de la calle me conocen como cosa suya, ¿a quién podré recurrir?

¡Ay, don Juan (que es lo mismo que decir, amor), cómo me has puesto!

También hoy quieren llevarme a la comedia del Retiro, que dicen que será famosa, y se debe a la pluma de don Pedro Calderón, pero no estoy para fiestas, que me parece que cada uno puede conocer que estoy camino de partirme en dos.

Ahora revolviendo unos versillos de don Juan, que me escribió hará poco, y ayer me dijeron muy secretamente y con advertimiento de grande perjuicio si lo propalaba, que para más alta persona estaban escritos, tropecé con dos billetes de esos otros que don César me escribía, y me pesa cómo se cambian gustos, afectos y pareceres, aquella desmayada letra y sutiles razones, que en otro tiempo se me antojaban la mayor discreción y buen gusto, hoy me parecen la mayor necedad, así es que me pasé a buscar cuantos escritos había de su mano y, en cuanto los hallé, con todos di en el fuego.

¡Con cuánta complacencia los vi primero hechos breve llama y luego blanca pavesa que con los últimos estertores de su entrapajada ánima se esparcían en el aire, como sueño que no llegó a ser realidad, ¡Más le ha valido! Que, si llega a conocer su mala suerte en la boda y luego conozco a don Juan, ¡válgame don César! Que, aunque fuese nacido en cualquier parte, todos creyeran que mentía al declararlo y no era de otra que de Cabeza de Buey.

Ya me he concertado para ver mañana a una sapientísima comadre, que me palpe y me asista.

Dicen que es tan maestra y tan examinada destreza tiene para estos achaques, que a dos visitas me dejará las entrañas como un espejo.

Si quiere mi tornadiza suerte que sea en este modo, Dios se lo pague y yo también, que me lleva todos los ahorrillos.

Como para mi desdicha mi conde es casado, y yo por haberla dado refrendada por mis padres no puedo volver a don César la palabra de casamiento, me ocurre ahora una terrible duda que para mi tranquilidad he de consultar con mi confesor que es eminentísimo teólogo.

Si ahora después de solucionado todo esto de la niñería y apartada de don Juan que corren rumores de que vuelve al destierro, caso con aquel, ¿será cornudo?

Yo pienso que no, pues que todo esto ha sido antes de que él tuviera jurisdicción sobre mí, y de que pusiera su honra en mi meadero.

*

Los descarnados dedos del anteofendido don César se crispaban nervudamente alrededor del cínico volumen, y tanto era el afán vengativo con que se apretaban, que ya no era el libro otra cosa que un deslabazado amasijo de papel y pergamino.

No tenía ánimos para dejarlo aún a pesar de la intensa flagelación a que estaba sometiendo su alma, y sin que obedecieran a mandato de la voluntad, se le iban los ojos tras los desfigurados y acusadores folios, que de tantas bellacadas y felonías eran infieles guardianes.

Y vino a dar en otro.

Folio

Hoy por fin, hallé medio para avistarme con la comadre que ha de libertarme del oprobio que a todo andar se me viene a la mano, y pienso que si pasara un día más de entender en prevenir el remedio, ya no encontrara manera.

A escondidas de mis padres fue, aunque por si nos sorprendía la hice venir en faz de droguera como me traía nuevos afeites para el tocado.

Le dicen la madre Claudia, y no parece su persona conforme al infame oficio que trae.

La misma honorabilidad y empaque de aquellas damas de otros tiempos, que eran como arcas venerables donde asentaba todo el honor de la raza, asientan en ella.

Era yo quien la esperaba, y cuando la tuve ante mí no pensé en que pudiese ser la tal.

La acompañaba un vejete avellanado y recio que afuera quedó en la antesala aguardándola.

Muy ceremoniosa y grave me saludó doña Claudia, me mandó que hablara sin cuidados ni rodeos y para traerme más a convencimiento de expurgar todo escrúpulo, me dijo que ella era como el confesor a quienes se remiten los pecados, solo que en aquel no se emplea más que la simiente, mientras que en ella se deja el fruto, por lo que si se quiere es más justo y venerable el oficio de ella.

Y yo hablé claramente como me lo pedía.

Ella escuchaba atenta.

Después de que acabé mi relato, que con el afán de que la conferencia pudiese tener un feliz término que me asegurase la paz y el bienestar fue detallada, me miró los párpados, me palpó blandamente todo el cuerpo, y mandó que me remangara para hacerlo con más libertad.

Noté que se le encendían los ojos como candelas, que le temblaban las manos y se le entorpecían las palabras.

Me hizo grandes elogios de la lindeza de mi cuerpo, dijo ser el más lindo que había visto en su vida, y a continuación me riñó por el pecadillo en que había caído.

—No sé yo —me hablaba teniéndome cogida una mano, entre las suyas gordezuelas y ardientes, no sé yo cómo hay en el mundo mujeres que se expongan a estos disgustos habiendo sin salir de entre nosotras tan bellos juegos de placer que no traen estos malos recados.

De no haber necesitado sus servicios con tanta urgencia, en aquel punto y hora hubiera despachado, que lo que ella buscaba no está en mi ánimo, que soy mujer y aficionada a las corvetas y respingos de mi don Juan, aunque por ellos me halle como estoy.

Viendo que de lo que buscaba no llevaría un adarme se concretó a lo suyo.

Me preguntó mil cosas, referente a estado y régimen, y se levantó diciendo que tomase aquellas hierbas cocidas con agua bendita y serenado el cocimiento durante toda la noche; y me dejó un paquetillo de raíces y hierbecillas que aún no sé lo son ni tengo curiosidad de saberlo, porque como voy a lo que me interesa, que es la jornada del preñado, por verme libre de él tomara lo peor del mundo.

Masqué una hojilla y sabe a demonios coronados.

Veremos lo que sale o lo que se queda con ellas, cuando no sea mi alma, que bien pudiera. Ya estoy un tantico sobresaltada, aunque me dicen que arrumbe escrúpulos de terror, porque no hay peligro alguno.

Yo dejo hacer ahora, como dejé hacer antes, que me hicieran lo hecho y a Dios me encomiendo, que a la postre Dios es quien tiene que substanciar este sangriento pleito.

Folio

Dos días hace que tomé aquello, y dos días hace que estoy como para emprender el postero y definitivo viaje.

Hice todo, según y conforme me mandó la madre Claudia, y no parece sino que perros rabiosos me atenazan las entrañas, y hieles como aquella del calvario me enjuagan la boca.

En todos estos mortales días, que ya van para una semana, no he tenido el consuelo de ver a mi don Juan, cierto que como en todos ellos no he salido de casa, no hay forma de conseguirlo, pero cuando bien se quiere para todo hay industria y las mismas escabrosidades de Sierra Nevada se truecan lisas y mondas cual la palma de la mano.

No sé por qué me parece que apenas vio el conde el mal guiso que habíamos hecho se volvió tornadizo y aquel grande fuego del amor que decía, se quedó como si lo hubieran rociado con agua.

No lo quiero pensar, que, si así fuere, tengo para mí que me sobran arrestos para quitarle a él la vida y luego la mía.

Hoy me trajo secretamente el rodrigón de la madre Claudia, y como que era tierra del pozo de Santo Domingo que me enviaba una amiga, unos polvillos que, tomados por la mañana en agua serenada durante la noche, dicen que alivia este negro tormento.

¡Dios lo haga, que no soy mujer para sufrir más!

Pensé en recurrir en demanda del remedio que buscó con la adoración de la sangre del bienaventurado San Pantaleón que se venera en las madres encarnacionistas, pero parece que por este año se ha suspendido, que ya parece que se hacen los milagros por contrata.

Solo en la tierra pienso que puede haber compostura para este nuevo entuerto, aunque ya veo claro como el sol a mediodía que fuera lo mejor no haber dado ocasión de llevarlo adelante con tantas veras.

No puedo sufrir tantos dolores, ¿qué serán estas hierbas que tomé?

Mañana veremos si esta agüilla al sereno es más humana, y todo lo torna en bienestar...

Folio

Muchos días hace que noto que me voy del mundo.

Mis padres lo achacan a un cólico cerrado y el médico, que más tiene de rocín que doctor, sostiene la errónea opinión, y yo por temor al escándalo no tengo ánimos para disuadirles, y así todos se desorientan y yo sola me muero.

Más de media docena de balas me embaularon en el estómago de ayer a hoy y como ciertamente tengo cosido el lado vecino al que estuvo tan abierto, no hay modo de que salga nada de mi vientre.

No se aparta mi madre de mí, sino es alguna hora para asistir a mi padre que también anda estos días muy acabado de unas ciáticas.

¡Ay mi Dios que todo son penas y trastornos y para cabo mi don Juan no me escribe, pero el otro necio me asa a cartas!

Me habla mi madre como en broma, aunque yo bien le advierta que se le desgranan lágrimas, de que no me vaya a morir ahora que tan a la puerta tengo el casamiento. Yo no respondo, pero ruego a Dios, que antes me haga bueno lo de morir por quien muero que lo de casarme con quien quieren...

*

Infeliz don César de Acuña, a fe que a un mismo tiempo daba compasión y pavura.

Se diría que la sangre negra que le saltaba del corazón, le salpicaba al rostro y se le congestionaba.

Cada palabra que leía era una flecha envenenada, y no tenía a pesar de ello voluntad para soltar el descomulgado libro, sino que a cada infamia que se le ponía a alcance de los ojos cobraba nuevos bríos para proseguir su cruento martirio.

Se diría que lo que buscaba era alguna hoja menos canallesca y luego otra, que tuviesen suficiente fuerza para borrar las deshonras que llevaba leídas.

Y saltó un puñado de hojas más que bien podían componer medio pliego, y dio en otro.

Folio

Este es el día último en que le espero. A mi traidor conde se le fundió la sal de aquel cariño que decía en el mar de mi deshonra.

Si en todo hoy no recibo respuesta a la carta que ayer le envié a punta de noche, al finar esta finará mi vida. Más quiero morirme con su recuerdo que vivir sabiendo que jamás he de lograrle por mío, que esto me puede aún mucho más que el deshonor al que mi mala suerte ha venido a empujarme.

De más que el alivio no viene, y lo que hay dentro se aferra a las raíces de la vida y a toda corta parece que quiere llegar al término natural y preciso.

No está mi madre conmigo, ni alguien me acompaña desde la una de la tarde, que como al parecer me encontraron más sosegada, todos se fueron a la mesa.

¡Ay mi Dios!, que no puedo más.

No me parece que hay ocasión a cometer el pecado de arrancarme la vida de por sí, ya que este ángel o diablo que llevo dentro lo ha tomado como cosa suya...

Si alientos tuviera para seguir escribiendo, solamente podría dejar asentado cómo me muero.

¡Ay!

*

Unas líneas más había tan confusas que eran completamente ilegibles...

Sin embargo, aquella mujer tuvo alientos para tornar el libro a su escondite y cerrar el cajón con llave.

¡No hay alegría ni pena que pueda con la astucia felina de la mujer!

Aún don César mantuvo el libro por un buen espacio entre las manos calenturientas, y fijos en él los congestionados ojos se diría que quería traspasarle con ellos.

Al fin, ya hecho un guiñapo, lo arrojó contra el suelo.

El maldecido volumen, como reptil venenoso que cuando muere aún tiene alientos para lanzar el último salivazo, arrojó al caer estas dos hojas sueltas, que el martirizado don César tuvo alientos para recoger y leer.

Eran dos sonetos.

El primero, lo mismo podía haber caído en la devoción de la más honesta dama que donde cayó, pues no era si o un culterano madrigalillo al sueño.

El otro era devoción a la carne y pleitesía a la Lujuria.

I

El sueño que es tirano de la vida,
rudamente os combate y os adora
con una fuerza tan dominadora,
que apenas si vos toca, estáis dormida.
Aunque vos os mostráis muy condolida,
nada podéis con él, pues que a igual hora
cada noche os sorprende, mi señora,
siempre os de hallar desprevenida.
Bien se me alcanza a mí porque el tirano
dispara contra vos tantos enojos

y acude cada día más temprano,
a mirar y cerrar ojos tan bellos;
por placer de besaros en los ojos
y quedarse después dormido en ellos.

II

¡Oh corderuelos de mi amor vedado!
¡Glorias triunfales de mi prenda amada!
Venid, que para vos tenga cortada,
toda la hierba de mi verde prado.
Esquivos os mostráis a mi cuidado
y respondéis con hosca rabotada
si acaricia mi mano enamorada
vuestro lindo hociquillo colorado.
No haya pleitos por mí, que ello me pesa,
quedaos en la red en que estáis presos,
(prisión divina ¡por mi amor! es esa).
Mas antes que el rencor vos apartare,
a mis labios volved el par de besos
que en el centro de vos se me cuajare.

Se levantó don César del sitial de su tormento donde por más de dos horas estuvo sentado, y salió de la estancia de la casa sin despedirse de nadie, que aun al criado que se acercó a abrirle la puerta de la escalera, apartó a un lado y por su misma mano la abrió y cerró violentamente.

Y de los tristes y enconados pensares que iban cociéndose en su cerebro ante el libro leído y deshecho, pudiera destilar como esencia refinada este

SONETO

¡Maldito seas vil! ¿Quién me dijera
cuando ha un hora a mi vista aparecías
que dentro de tus hojas escondías
la pérfida beldad de la quimera?
¿Qué lengua infamadora me advirtiera
que eras tratado de las correrías
acostumbradas en las mancebías,
que nacistes, en fin de una ramera.
Son tus folios ladinos y traidores,
comienza en ellos un cantar de amores
puros y honestos, pero al fin Cupido
remítele a su madre la querella,
y no eres más de la fangosa huella
que dejara una moza del partido.

*

Pero, como al lacerado no se le alcanzaba de ruinas ni cosa que se les pareciese, lo pensó en crudo, y dijo los denuestos y los insultos, en el castellano claro, rotundo y castizo en que años antes escribiera aquel insigne manco que tuvo tal desdicha, peleando por su Rey y su Religión a bordo de la galera *Marquesa*, en las azules aguas del golfo de Lepanto.

*

Lector, amigo, de toda esta amarga historia verás que se desprende una extraña y desaprensiva moraleja.

Y es que por mucho amor que se ponga en una mujer, queriéndola más que a las niñas de los ojos, siéndonos más necesaria que la sangre en las venas, no es conveniente buscar en su vida, porque puede levantarse la cascarilla dorada y quedar al descubierto la carroña y podredumbre.

Y si después no hay voluntad para dejar a su merced, más vale vivir con ella en alas de la fantasía, creyéndola y queriéndola. Después de todo no hay nada grato en la vida, si no se encumbra un poco; la mujer sin algo de poesía es inaguantable.

Aquel bigardo que al ver a una gallardísima hembra de lo mejor en su clase, la dijo a guisa de floreo cuando cruzó ante él.

—¡Válgame Dios!, qué mujer, si no meara. Era un filósofo y un poeta.

DIEGO SAN JOSÉ